

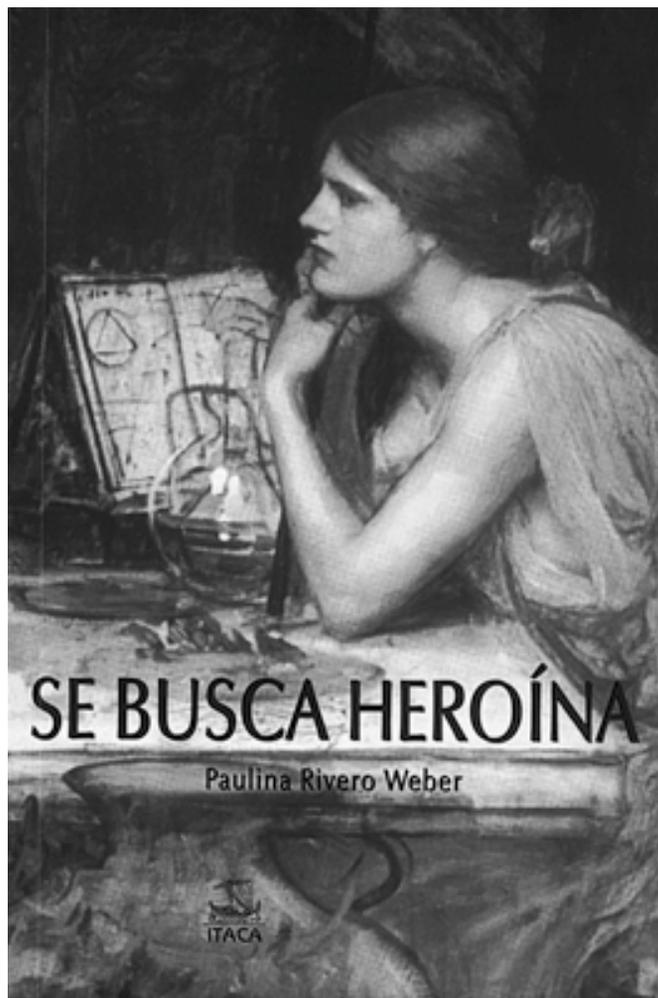
# Paulina Rivero Weber

## Se busca heroína

Ignacio Solares

El poeta puede llegar a rincones a los que el historiador no tiene acceso. Sólo la literatura dispone de las técnicas y poderes para destilar ese delicado elixir que nos permite llegar a las razones más profundas del corazón humano. Pensé en esto cuando leía *Se busca heroína*, porque hay obras literarias —novelas, poemas, dramas— que incluso nos dicen más del contexto que las produjo que los tratados históricos. Así, Paulina Rivero teje una propuesta novedosa y provocadora: a partir de su entorno social y cultural, busca en algunas heroínas literarias ese carácter heroico que las pueda equiparar con las grandes hazañas de los héroes épicos; y llega a la conclusión de que no hay tal carácter; esas grandes heroínas no se entregan a las más altas y nobles causas, ni enfrentan grandes peligros, ni vencen enemigos temibles; como Penélope se quedan en su casa; o como Emma Bovary se lanzan a conquistar a algún hombre que dé sentido a sus vidas, para al final, al igual que Ana Karenina, terminar suicidándose.

Pero todo tiene una razón; los personajes femeninos de las grandes novelas —las heroínas literarias— son producto de concepciones masculinas, donde se proyectan los deseos, conscientes o no, de los hombres que las escribieron. Y esto no es gratuito; según Jung —inevitable incluirlo en esta reflexión—, solemos atribuir a las otras personas, las cualidades malignas y rechazadas en nosotros mismos, aspectos que conscientemente no reconocemos. La



sombra es lo más opuesto al *ego*. Y pienso en el concepto junguiano de *ánima*; la sombra de los hombres suele adoptar una forma femenina frente a su ego consciente masculino, y en las mujeres la sombra adopta el rasgo masculino. La mente de los hombres y mujeres tienen elementos inconscientes opuestos a los de su ego, partes masculinas y femeninas ocultas. En una palabra, junto con esos grandes personajes femeninos creados por los hombres, para terminar de entenderse —y, claro, de entendernos— las mujeres requieren de

escribir sobre las propias mujeres. Por eso la conclusión del libro de Paulina es reveladora. Nos dice:

Cada vez son más las mujeres que escriben de mujeres y para mujeres. No sabemos qué nos depara el futuro, no sabemos qué cambios han llegado para quedarse. Si transcurrieron treinta siglos de patriarcado, de menosprecio de la mujer, no se puede esperar que todo cambie en unas cuantas décadas. Pero un camino de mil leguas, decía el sabio Lao Zi, se inicia con un paso. Ese paso ha sido ya dado por muchas mujeres y para fortuna de todas, la salud también es contagiosa. Ésa es la esperanza que ha motivado este libro: contagiar la poca o mucha salud que estos pensamientos puedan ofrecer.

Palabras admirables. Por eso, también señala Paulina Rivero atinadamente cómo la heroicidad femenina lo es sólo en tanto cumple con las expectativas y deseos ocultos de una sociedad masculinizada, que únicamente tiene lugar para las mujeres en el interior de sus casas. Y esto nos dice mucho de la sociedad en donde nacieron las heroínas que menciona. Como hemos visto, la gran mayoría de las sociedades occidentales ha experimentado transformaciones aceleradas y radicales. En estos procesos se ha producido también una revolución en la división sexual de las tareas sociales, que incluye los roles y las funciones que desempeñan las mujeres y los hombres. Pero estos procesos no se han dado de manera coherente, articulada y armónica; por el contrario, las estructuras se han modificado radicalmente

en muy corto tiempo y no se ha configurado todavía un nuevo orden.

El logro más importante de las mujeres en los últimos tiempos ha sido salir de su casa; y esta salida ha sido un fenómeno cuyo impacto sobre el tejido social ha producido una especie de revolución silenciosa. Revolución silenciosa, pero no por ello menos impactante. Como lo plantea la socióloga Adela Cortina, este hecho modificó de raíz las bases en que se fundamentaba no sólo la organización social sino la configuración misma del Estado: la división sexual tradicional garantizaba las funciones de producción y representación pública para los hombres y de reproducción en el ámbito privado, doméstico, a cargo de las mujeres. Así, en la actualidad coexiste una organización pública en la que participan de manera desigual tanto en intensidad como en reconocimiento, mujeres y hombres, junto con una organización doméstica en la que aún el grueso de las responsabilidades, que se asignan desde lo social y se internalizan en la psique, están a cargo de las mujeres.

Robert Johnson, analiza las consecuencias psicológicas de la prioridad de lo masculino y la consecuente devaluación de lo femenino en nuestra cultura:

A la mujer también se le enseñó la idealización de los valores masculinos a expensas del lado femenino de la vida. Muchas mujeres han atravesado sus vidas con un constante sentimiento de inferioridad porque sintieron que ser femeninas era “entrar al mundo en segundo lugar”. A las mujeres se les entrenó para considerar que sólo tienen valor las actividades masculinas, el raciocinio, el poder y las hazañas. Así, la

mujer occidental se encuentra ante un grave dilema psicológico: desarrollar una ya inevitable competitividad a partir de las supuestas cualidades masculinas, a expensas incluso de su propia faceta femenina.

Desde aquí parte la provocadora propuesta de Paulina: hacia la sociedad hacen falta mujeres egoístas, en el mejor sentido del término, que se vuelquen primero hacia sí mismas para luego poder darse a los demás. Y hacia la literatura, apunta que hacen falta novelas donde las mujeres no corran detrás de los hombres, ni que se suiciden por ellos; pero esto sólo será posible en una sociedad donde las mujeres sean dueñas de sí mismas antes, antes que de cualquier “otro”.

El ejemplo de Lou Andreas Salomé es elocuente: con una vasta obra escrita, tanto filosófica como literaria, nunca quiso hacer depender su vida de algún hombre; tuvo como amantes, sólo como amantes, a hombres excepcionales, y es conocida más por las relaciones que tuvo con Nietzsche, con Freud o con Rilke que por su propia obra. Esta heroína de carne y hueso, junto con la Marcela del *Quijote* en la literatura, son los paradigmas que propone Paulina, a quien debemos agradecer, entre otras cosas el exquisito apéndice que nos regala: una selección de la mejor poesía feminista, escrita por mujeres y no solamente para mujeres. Ya que, como nos enseña Paulina Rivero: hombres y mujeres son las partes de una gran unidad; uno sin el otro están incompletos.

Por último, me parece importante señalar el estilo tan cuidadoso con que está escrito el libro: hay en él un matiz muy particular al que no es ajeno, y qué bueno



Paulina Rivero Weber

porque es parte consustancial de él, eso que hemos dado en llamar “sensibilidad femenina”. Sé lo discutible que puede ser el adjetivo “femenino” aplicado a una obra literaria y acepto que en innumerables casos resulta arbitrario utilizarlo, más no en éste. En *Se busca heroína*, la realidad —la realidad-real por llamarla así— ha sido reinventada desde una perspectiva en la que se expresan, no exclusiva pero sí principalmente, la idiosincrasia y la condición de la mujer con una claridad y una pasión que llaman la atención. Por eso celebro todo cuanto he aprendido en él —a nosotros, los escritores hombres, que tanta falta nos hace— y felicito muy calurosamente por ello a Paulina Rivero. **U**

Paulina Rivero Weber, *Se busca heroína*, Editorial Ítaca, México, 2007, 155 pp.

El logro más importante de las mujeres en los últimos tiempos ha sido salir de su casa; y esta salida ha sido un fenómeno cuyo impacto sobre el tejido social ha producido una especie de revolución silenciosa.